

Testimonios de un comerciante inglés en el Río de la Plata 1806 -1807

por

**José Luis Alonso
Juan Manuel Peña**

En el año 1890 se publicó en Londres un libro titulado *A master mariner. Being the life and adventures of captain Robert William Eastwick*. El volumen contiene la autobiografía del capitán Robert W. Eastwick, nacido en 1772 y que comenzó a navegar, en la marina mercante inglesa, a los 16 años. Su aventurera vida, que se prolongaría hasta los 93 años, transcurrió en las cubiertas de gran número de barcos, y con sus viajes, por los puertos y rutas comerciales asiáticas fue uno de los miles que contribuyó a crear el entretejido comercial del imperio británico. Las memorias, fueron escritas en un pequeño álbum y dedicadas por el autor a su hija mayor, y por contener alusiones a temas familiares, es posible que no fuese la intención de su autor que las mismas fuesen dadas a conocer al público. Esto explica que sus recuerdos, guardados por su familia, hayan sido publicados recién a fines del siglo XIX.

La bibliografía sobre las invasiones inglesas al Virreinato del Río de la Plata es profusa, destacándose en ella las numerosas memorias y testimonios aportados por los militares, de diferentes rangos y de ambos bandos, que aportan testimonios y datos enriquecedores sobre las acciones a que dio lugar la agresión de Inglaterra. Por su parte, el relato del capitán Eastwick, no recogido o citado en la bibliografía revisada, aporta la novedosa visión de un experimentado y bien relacionado marino mercante, que en busca de fortuna se transformó en un observador interesado de los sucesos militares y a través de sus recuerdos expone las ambiciones comerciales que habían motivado la movilización de la comunidad mercantil inglesa.

En medio de la ruina económica que había afectado al capitán Eastwick, el nacimiento de su hijo, Roberto, acaecido en octubre de 1806, se acompañó de una proposición que le abrió nuevas perspectivas. Un antiguo amigo, que el autor solo identifica con su apellido Holloway, conocedor de su difícil situación económica le propuso asociarse para participar en la incuestionable bonanza que se originaría en la nueva colonia del Imperio Británico: Buenos Aires. Esta ciudad, capital del Virreinato del Río de la Plata, había sido recientemente conquistada por las tropas inglesas comandadas por sir Home Popham, cuñado del mencionado Holloway. Este militar que había ingresado en la marina real en 1778 y habiendo participado en la guerra por la independencia de los Estados Unidos, había en un momento dado abandonado el servicio por algunos años para dedicarse al comercio, período en que había adquirido numerosas relaciones comerciales. En una Inglaterra industrializándose y hambrienta de nuevos mercados, las cartas que el jefe conquistador, envió a los más acaudalados comerciantes ingleses, anunciando las posibilidades de la nueva posesión, “estableciendo algunas posesiones militares y gozando de todas las ventajas comerciales”, despertaron la codicia de los mercaderes quienes vieron ante sí la oportunidad de realizar pingües negocios reemplazando a España como proveedor de bienes. Un nuevo mundo de posibilidades de negocios se abrió frente a ellos.

Holloway había recibido una carta de su cuñado donde le remarcaba, las posibilidades de negocios que aguardaban a aquellos que fueran los primeros en acudir con sus productos. Estas promisorias posibilidades llevaron al receptor de la misiva a obtener un crédito por 1.000 libras, suma importante para la época, para financiar un establecimiento comercial en la conquistada ciudad. Con ese capital adquirió un navío, el “Anna”, ofreciendo su comando al experimentado Eastwick invitándolo a participar en la empresa comercial. El marino no dudó en aceptar la oportunidad que se le brindaba y dejando con gran pena, como refiere, a su familia, se embarcó en el proyecto, en busca de rehacer su patrimonio. En Londres, puso manos a la obra para obtener una carga rentable para su nave.

El país al que me dirigía era nuevo para mí y no tenía una idea del tipo de mercaderías que serían la más apropiadas para ese mercado. A pesar de mi ignorancia, pensé que habiendo tropas británicas y combates, siempre se consumirían bebidas espirituosas, y donde hay victoria hay festejos, por lo que entre otros bienes, cargué 8 barriletes de vino español y 40 cascos de brandy.

Luego de confrontar duramente con la aduana inglesa por los impuestos cargados a los bienes de exportación de hilados de algodón, de la cuales el “Anna” embarcó un gran número de cajones, conteniendo telas estampadas, finalmente el navío zarpó de Grovesand, arribando al Río de la Plata el día de Navidad. Allí se encontró con la fragata británica “Medusa”, comandada por el capitán Bouverie, quien puso al tanto al capitán Eastwick de la reconquista de la ciudad de Buenos Aires por tropas españolas y de la suerte corrida por Beresford, Pack y sus hombres, quienes se hallaban prisioneros en algún lugar del inmenso Virreinato, no dejando de relatar que “...es curioso que las noticias sobre la reconquista no se conociesen en Londres sino hasta el 13 de septiembre de 1806, cinco meses más tarde de haberse producido”, En la capital inglesa el diario “The Times” lamentaba la pérdida sufrida “...por esta unión (la de Buenos Aires a la corona británica) pues deberíamos contar con un mercado inagotable para nuestras mercaderías”.

Ambos socios, fueron informados que el ejército inglés se hallaba concentrado en Maldonado, a la espera de los refuerzos que oportunamente habían solicitado los jefes británicos, por lo que el capitán Eastwick se vio obligado a dirigirse a ese puerto natural a la espera de los acontecimientos, refiriendo en sus memorias “En este puerto hallamos a los regimientos 48, 40 y 47, comandados por el coronel Thomas Joseph Blackhouse y a numerosos transportes e infantes de marina al mando del almirante Charles Stirling, quien había sucedido en el mando a Sir Home Popham”. Este había dejado Buenos Aires, según Eastwick, el día de Navidad, a bordo del “Rolla”, del capitán Coffin, arribando a Waymouth el 16 de febrero. Allí, más tarde sería sometido a juicio y reprendido, por

haber actuado sin órdenes superiores, aunque no pasaría mucho tiempo sin que le fuese otorgado un nuevo comando, prosiguiendo su carrera militar.

Por su parte el redactor de estas memorias no tardo mucho en entablar una amistad con Blackhouse, que se prolongaría por años. Este oficial había llegado al Río de la Plata, desde el Cabo de Buena Esperanza con el regimiento 47 y por entonces ejercía el mando de las tropas inglesas como Brigadier General, puesto que mantuvo hasta la llegada de Sir Samuel Auchmuty al frente de 7000 hombres, con los que procedería a emprender la conquista de Montevideo, operación militar de la que fue testigo Eastwick,

El sitio de Montevideo fue una difícil operación. En los alrededores de la ciudad amurallada, se hallaban numerosas viviendas, dispersas, que dificultaban el emplazamiento de las piezas de artillería. Esto pudo, finalmente, llevarse a cabo sin grandes molestias por parte del enemigo.

Cuando el día del asalto llegó, yo pude observar, sin dificultad, los combates, pues mi barco se halla anclado frente al lugar donde se luchaba. Una vanguardia compuesta por 200 hombres del regimiento 38, comandados por el coronel Vasell marchó hacia la ciudad. Contra ellos, avanzó una tropa de unos 1000 defensores, probablemente milicianos, comandados por un oficial español, vestido con elegante uniforme. Pero el aguerrido 38 se comportó con gran valentía, a pesar de la desventaja numérica y del incesante fuego que recibía, logrando poner en fuga a sus adversarios. Estos se dispersaron, abandonando sus cabalgaduras y buscando protegerse del fuego inglés, que se abatía sobre ellos, en los accidentes del terreno. Su coronel murió sin duda de miedo, no presentando su cuerpo herida alguna al ser examinado posteriormente.

Luego de este encuentro se logró abrir una brecha en la muralla, pero la misma fue rápidamente rellena por los defensores con fardos de cueros secos, los que se transformaron en un difícil obstáculo que impedía la entrada de los saltantes. Las tropas de los regimientos 38 y 40, a cuyo frente marchaban el coronel Vassel y junto con él los coroneles Brownrig y Brown,

asaltaron la brecha otra vez. El primero de estos oficiales fue herido en primer lugar, siendo asistido para levantarse por su ordenanza, un sargento, logrando quedar de pie sobre una sola pierna, mientras agitaba su gorra con la mano, incitando a sus hombres a avanzar, arengándolos “Adelante, adelante. Valiente 38. Cumplan con su deber.”

Los atacantes sufrieron el fuego de cuatro piezas de a 24, que descargaron metralla sobre ellos, ocasionándoles gran número de bajas. Sus pérdidas no los detuvieron y penetraron por la brecha, solo para hallarse con nuevas bocas de artillería que abrieron fuego matando o hiriendo a muchos, entre ellos. El atento testigo rescata el nombre del coronel Brownrig como una de esas bajas. Los atacantes continuaron su penetración y los defensores rápidamente abandonaron la posición y “las puertas de la ciudadela fueron abiertas y el ejército inglés tomo posesión de la ciudad”.

En las primeras dos horas de haberse tomado la plaza, un marinero inglés logro llegar al techo de la gran iglesia y fijar allí la Union Jack. Soy incapaz de explicar cómo pudo lograrlo, pero fue una orgullosa imagen el ver nuestra bandera flameando al viento, clara señal de la victoria británica.

El capitán Eastwick, se extiende en sus memorias alabando el clima de la ciudad, que no se avergüenza de catalogar de único, llegando a asegurar que “...uno puede matar personas o animales sin que entren en putrefacción”. La evidente exageración del cronista es desmentida por su mismo relato

Pobre Vasell, un valiente oficial, que todos admiraban. El deseaba que fuese amputada su mal herida pierna, pero un cirujano se opuso, no viéndolo como necesario. La infección se produjo y murió, siendo enterrado con honores militares y la banda interpretando la marcha fúnebre. Brownrig ignorando el fallecimiento, al ver pasar el cortejo inquirió sobre la identidad del occiso y tener conocimiento dijo a sus interlocutores: ¡Vasell hoy, Brownrig mañana!. Y así sería.

Al producirse la ocupación de la ciudad, fue detenido un desertor, irlandés, que fue llevado ante una corte militar y condenado a la horca.

Yo estaba muy cerca y lo vi ascender al cadalso. Cuando lo colgaron, la cuerda se rompió, cayendo al suelo, donde comenzó a dar puntapiés. Los sacerdotes presentes rápidamente aflojaron el dogal y su mirada de sorpresa, al abrir los ojos y ver sus caras, parecía indicar que se hallaba sorprendido de haber sido acompañado por ellos al Purgatorio y para colmo expresó, balbuceante ¿Qué, usted también está aquí? Finalmente se incorporo, logrando dar algunos pasos. Más tarde el general lo amnistió.

En Montevideo, Eastwick, junto con otros, rápidamente puso en marcha sus proyectos comerciales, hallando un rentable mercado para sus mercancías. Alquiló una casa en la orilla y la acondicionó para desarrollar en ella sus actividades, a la vez que la utilizo para vivienda, habitándola junto con su socio, Holloway y dos ayudantes. El apetito de los vecinos por las mercaderías de los británicos de la ciudad era tal, que los cientos de comerciantes instalados en ella comenzaron a realizar excelentes negocios. El éxito comercial también acompañó a ambos socios, de tal forma que habían vendido la mayor parte de sus mercaderías antes del arribo, en abril de ese año, de Whithelocke junto con el general Gore, El ejército inglés de ocupación sumaba entonces unos .9000 hombres, que dieron comienzo a preparar las operaciones tendientes a recapturar Buenos Aires.

Como toda la fuerza británica sería empleada para ese propósito, los comerciantes británicos, integramos un cuerpo de voluntarios para defender Montevideo, si fuese necesario, siendo oficializados como las fuerzas de la milicia en Inglaterra, realizando guardias diurnas y patrullajes durante las noches.

En abril el ejército cruzó el río y desembarco a 15 kilómetros de Buenos Aires. No pudiéndose haber elegido un peor lugar como base de operaciones, dado que todos eran terrenos pantanosos, que indefectiblemente estábamos obligados a atravesar para avanzar sobre nuestro objetivo. Para ese entonces, la ciudad de Buenos Aires no poseía 8.000 mosquetes o vituallas como para soportar un sitio y había en ella unos diez millones de libras esterlinas, propiedad del gobierno español.

La evaluación de la capacidad defensiva de la capital virreinal debe haber sido producto de las conversaciones entre el autor y los oficiales ingleses con los que se relacionaba, no dejándonos de parecer abultada la suma de dinero que se presuponía en poder de las autoridades de Buenos Aires.

Eastwick, como otros participantes u observadores de las operaciones bélicas que se desarrollaban ante sus ojos, cuyas memorias han llegado hasta nosotros, no dejó ser un acerbo crítico del desempeño profesional de Whithelocke.

Si nuestras tropas hubiesen avanzado rápidamente y rodeado la ciudad, nada hubiese impedido que cayese en nuestras manos. Pero el general Whithelocke permaneció inactivo durante siete días, ordenando entonces la marcha por divisiones, ordenando entonces la marcha por divisiones, con instrucciones de reunirse las tropas en el interior de la ciudad, en lugares prefijados anteriormente. Él ordenó, además, que los pedernales de los mosquetes fuesen retirados, y si las tropas fuesen hostilizadas o atacadas, durante su marcha, debían irrumpir en las viviendas y acabar con sus ocupantes con las bayonetas.

Esta orden mereció una crítica particular por parte del marino mercante, devenido en mercader.

Esto era una tonta orden, porque él debería haber observado que las puertas de las casas de Montevideo, (que eran iguales a las de Buenos Aires, como cualquiera le hubiese informado) eran tan fuertes, que el romperlas era imposible sin gran violencia, tiempo y herramientas adecuadas.

Estas opiniones serían convalidadas en las columnas del “Times” de Londres en su edición del 14 de septiembre de 1807.

Luego de dudar por 2 o 3 días el general Whithelocke formuló un plan de ataque, el más extraordinario, parecía, que hubiese sido producido por un militar. Una ciudad habitada por 60.000 u

80.000 vecinos, que había tenido varios meses para prepararse y cuyos defensores se hallaban dispuestos a resistir obstinadamente, se esperaba que fuese conquistada en un golpe de mano y por una fuerza de 8.000 a 9.000 hombres.

El ejército debía penetrar a través de varias calles, con los mosquetes descargados, hasta ciertos puntos prefijados, ocupar las terrazas de las viviendas y luego, en un movimiento simultáneo y a una señal prefijada avanzar hacia las principales defensas del enemigo.

Pero continuemos con las memorias del capitán Eastwick, en las que relata que el asalto a la ciudad dio comienzo a las 6 y 30 horas del 5 de julio, comprobándose rápidamente que el avance con las armas descargadas era imposible.

La falta de respuesta a los disparos de los defensores, aumento el coraje de los mismos, mientras los intentos por irrumpir en las viviendas resultaron infructuosos. Desde las terrazas, como así desde cualquier elevación, un mortífero fuego cayó sobre nuestros bravos y desconcertados hombres, matándolos por docenas, incapaces de defenderse y mucho menos de contraatacar. Nada, salvo la estricta disciplina de las tropas los mantuvo en orden a través de esta ordalía.

Casi todas las divisiones fallaron en alcanzar sus objetivos y todo el plan fracasó. El general Whithelocke, con algunos pocos hombres se mantuvo a una distancia de 3 kilómetros, y junto a él, molesto y descontento se hallaba el bravo coronel McMahon, con toda la artillería. Resumiendo la estupidez e incapacidad de un general produjo una desastrosa derrota. Si nuestro ejército hubiese hecho lo que debía, rodear la ciudad, con su artillería emplazada, nada podía haber evitado que cayese rápidamente en nuestras manos. Los españoles estaban al tanto de esto y algunos de ellos, más tarde, me dijeron que “el general era bueno para un retrato pero no para el servicio militar”.

La mal planificada y conducida operación militar llevó a la capitulación de un poderoso ejército de 9.000 hombres. Su fracaso evitó la reconquista de Buenos Aires, conllevó la pérdida de Montevideo y el retiro de las fuerzas británicas de los territorios del Virreinato del Río de la Plata.

El cronista no dejó de condolerse de las pérdidas económicas que ocasiono la derrota.

Cuando la expedición zarpó de Montevideo rumbo a Buenos Aires, la flota estuvo al mando del almirante Murray, a bordo del "Africa". Siendo el señor Holloway el único comerciante autorizado a navegar en ella. Si la conquista hubiese sido exitosa, como debería haber ocurrido, nuestras fortunas habrían sido hechas. Él transportaba 20.000 dólares en oro para comprar cueros en Buenos Aires. Esa suma, habíamos oído, equivalía a unos dos millones y el precio de cada cuero en el mercado era de medio dólar. Siendo los primeros en el mercado habríamos podido haber comprado la totalidad de los existentes en el mercado y los habríamos podido revendido a no menos de dólar y medio cada uno.

Además había en Montevideo 65 barcos, presas de guerra, que habían sido capturados a nuestra marina y recuperados por nuestra flota. Todos ellos eran ofrecidos por el contador de presas a unos 130.000 dólares, Si bien muchos de ellos solo servían para leña, los que se hallaban en buen estado, que eran numerosos, se hallaban a un precio ventajoso. El fracaso de la expedición del general Whithelocke puso fin a esta operación comercial que el señor Holloway, otro comerciante y yo estábamos a punto de concluir.

Habiendo permanecido en Montevideo, durante la batalla por Buenos Aires, el capitán Eastwick fue testigo presencial de los sucesos que tuvieron lugar en esa ciudad, cuyos habitantes ingleses estaban seguros del triunfo de las armas británicas, al recibirse en ella la noticia de la derrota sufrida.

Previo a la partida del almirante Murray rumbo a Buenos Aires, se había decidido que a su retorno de la expedición, trayendo noticias, como esperábamos, de la segura captura de esa ciudad, izaría al tope de su palo mayor nuestra “Union Jack”, como claro símbolo de victoria.

El día en que regresó el navío “Aurora”, en el que regresaba Murray pudimos ver que no izaba la esperada enseña y el calificativo de estúpido, corrió entre los que aguardaban, en referencia al jefe naval que debía haber olvidado la señal convenida, estando lejos los observadores de pensar en otra explicación.

Finalmente el barco se acercó a la nave insignia del almirante Stirling y desprendió un bote que se aproximó a la fragata, y que fue abordada por oficiales de la “Aurora”. A los pocos minutos se pudo observar que un bote transportando al almirante, un teniente y un contramaestre, proveniente de la nave capitana se dirigía a tierra, donde solo el almirante desembarcó. Sin entrar en contacto con los que aguardaban en la orilla, se dirigió a la Casa de Gobierno. Marchaba con gesto adusto y en su camino dio órdenes de cerrar la puerta norte de la ciudadela. La multitud, como un gran rebaño, marchó tras él, preguntándose el motivo por el que se no se daba, de una vez por todas, las noticias del triunfo. Yo me hallaba entre los que aguardaban cuando oí llamar mi nombre y me fue comunicado que una carta me esperaba en mi casa. Me dirigí hacia ella con premura y al llegar la encontré rodeada de una multitud, ansiosa de conocer su contenido. Juzguen ustedes mi sorpresa y la de los que rodeaban al leerles el contenido de la misma. En ella se daba cuenta que la totalidad de nuestro ejército se había rendido y de la existencia de un tratado con las autoridades españolas de Buenos Aires, por el cual las fuerzas británicas se obligaban a retirarse a Montevideo, que deberían abandonar en el plazo de 60 días.

De todas las derrotas que hemos padecido, creo yo, esta es la más innoble. La desazón y enojo en la ciudad fue tan intenso, que se volcó en las paredes de sus casas, donde aparecieron leyendas

insultantes hacia Whithelocke en la cuales se lo trataba de traidor y cobarde.

Mientras el destino de la expedición se jugaba en las calles de Buenos Aires, Eastwick, había continuado con sus actividades comerciales en la capital de la Banda Oriental. Por esos días, mientras realizaba, junto con otro compatriota, un paseo a caballo por las afueras de la ciudad, fueron atacados por dos “nativos” armados de lazos, de los que lograron escapar con dificultad. El marino dejó en sus memorias una interesante y meticulosa descripción de ese instrumento, maravillado de la habilidad con la que era empleado y de los diferentes usos en que se lo utilizaba.

Frente a la necesidad de abandonar Montevideo cada uno de los comerciantes, que habían llegado en busca de pingües beneficios, se apresuraron frenéticamente a liquidar sus mercaderías, lo que no dejó de ser aprovechado por los vecinos españoles. Eastwick, y su socio lograron comprar y embarcar dos cargamentos de cocoa. El cargamento fue estibado en dos barcos, uno con destino a Inglaterra y la otra a la ciudad del Cabo.

La totalidad de nuestros bienes restantes, valuados en 65.000 dólares, contra mi voluntad, fueron vendidos por el señor Holloway a un vecino norteamericano, apellidado White, quien nos pagó con un cargamento de cortezas, para tinturas. Tuvimos grandes dificultades para embarcar nuestro cargamento y para hacerlo tuvimos que pagar un alto precio. Nuestra propiedad llegó a Inglaterra tres semanas más tarde de haberse prohibido la exportación de este material a Francia., con la cual su valor se deprecia marcadamente. El pago del transporte, del seguro y del alquiler de depósitos para estibarla, contribuyó a la pérdida total de la inversión. La carga de cocoa enviada el “Anna” a Ciudad del Cabo, fue vendida para alimentar al ejército, pero por desprolijidades administrativas, el dinero pagado nunca nos fue entregado.

Yo tome pasaje en el mismo navío que transportaba nuestra carga a Inglaterra, y partimos navegando en convoy junto con la flota del almirante Murray

El viaje fue tormentoso, por graves altercados con el capitán a cargo del navío, cuyo impropio comportamiento, impericia y deshonestidad merecieron que a la llegada al puerto de Cork fuese acusado frente a la ley.

El arribo del capitán Eastwick a su hogar, en Bewley, no fue feliz. Halló a su pequeño hijo gravemente enfermo con tos convulsa. El niño falleció a los 8 días de su llegada, no dejando Eastwick de atribuir el deceso a impericia médica.

El capitán Robert William Eastwick continuó navegando en los años siguientes, surcando los mares hacia los puertos asiáticos del Imperio Británico, hasta el año 1825, sobreviviendo cuarenta años más, parte de ellos en la obscuridad de la ceguera, falleciendo en Londres en 1865. Su nieto rescató y publicó sus memorias en 1890, bajo el título *Vida y aventuras del capitán Robert William Eastwick*, editadas en Londres por Herbert Compton.